

TEORÍA (COMPARADA) DE LA LITERATURA: CONTRA LA LITERATURA MUNDIAL DEL TIEMPO SIN HISTORIA

(COMPARATIVE) THEORY OF LITERATURE: AGAINST THE WORLD LITERATURE OF TIME WITHOUT HISTORY

Àlex Matas Pons



Universitat de Barcelona

alexmatas@ub.edu

Fecha de recepción: 26/09/2022

Fecha de aceptación: 24/10/2022

DOI: <https://doi.org/10.30827/tn.v6i1.26175>

Resumen: La literatura mundial ha devenido el objeto de estudio predilecto del comparatismo literario, que se ha visto obligado a revisar algunos de sus presupuestos metodológicos clásicos ante las modalidades inéditas de la producción y la circulación de los textos en el nuevo espacio global. El artículo revisa cómo la asunción por parte de los más conocidos teóricos de la literatura mundial de las prácticas y las herramientas de las ciencias sociales ha favorecido la revitalización de aquellas modalidades historicistas del comparatismo decimonónico que las diversas *crisis* de la literatura comparada parecían haber desestimado desde persuasivos argumentos textualistas. En particular, se aborda la analogía que Franco Moretti realiza entre el comparatismo literario y la ciencia histórica. Ante sus argumentos favorables a la sociologización de los estudios literarios, el presente artículo no solo sugiere la idoneidad de retomar los argumentos favorables al textualismo de debates anteriores acerca del comparatismo sino que se argumenta, a partir de la lectura de la obra de Roland Barthes, Michel Fou-

cault y Jacques Rancière, entre otros, que es en la operación historiográfica y la filosofía de la historia donde el comparatismo puede encontrar sus mejores herramientas de lectura crítica en el nuevo régimen global.

Palabras clave: Literatura comparada; teoría literaria, literatura mundial, Franco Moretti, Roland Barthes; Jacques Rancière; Michel Foucault.

Abstract: World Literature has become the favourite object of study of Comparative Literature, which has been forced to revise some of its classical methodological assumptions in the face of the unprecedented modalities of the production and circulation of texts in the new global space. The article reviews how the assumption by the best-known theorists of world literature of the practices and tools of the social sciences has favoured the revitalisation of those historicist modalities of nineteenth-century comparatism that the various crises of comparative literature seemed to have dismissed from persuasive textualist arguments. In particular, it deals with Franco Moretti's analogy between literary comparatism and historical science. Against his arguments for the sociologisation of literary studies, this article not only suggests the appropriateness of taking up the pro-textualist arguments of earlier debates about comparatism, but argues, from a reading of the work of Roland Barthes, Michel Foucault and Jacques Rancière, that it is in the historiographical operation and philosophy of history that comparatism can find its best tools for critical reading in the new global regime.

Keywords: Comparative Literature; Theory of Literature, World Literature; Roland Barthes; Jacques Rancière; Michel Foucault.

Dos reprobaciones contra las prácticas del comparatismo

Algunos de los severos juicios negativos que se formulan hoy sobre el comparatismo literario confirman cuáles son las aproximaciones y los métodos de la disciplina actualmente hegemónicos. Puede tomarse, como primer ejemplo, la rotunda aseveración de Harry Harootunian:

I am not simply making a plea for a return to history, as it is often invoked in the wake of the new-old new historicism, but rather calling for a restoration of considerations of the crucial spatiotemporal relationship that must attend any explanatory program. Part of this impulse has been prompted by [...] the conviction that comparability is too important a consideration to be left to disciplines such as comparative literature (Harootunian, *Some thoughts* 24).

No se trata del exabrupto gratuito y anecdótico de un historiador contra el comparatismo en general sino de una fundada enmienda contra las pretendidas virtudes del “giro espacial”, tan determinante en el ámbito de los estudios humanísticos durante las últimas décadas. No hay nada malo en esta visión “espacial”, cuando detecta la centralidad, ignorada hasta entonces, del espacio y de la comunicación en la constitución de los órdenes sociales, pero sí merece una reprobación la deriva por la que se alejó de la que había sido su principal motivación: el desmantelamiento de la ideología del progreso. No significaba otra cosa la célebre e influyente advertencia de la filosofía de la historia benjaminiana, que alertaba contra un materialismo histórico infectado de la idea de progreso y desarrollo, cada vez más afín a la historiografía burguesa.

Harry Harootunian denuncia que el actual comparatismo literario, ocupándose de la circulación de los textos literarios a través de una suerte de hiperespacio constituido por límites porosos entre enormes entidades transnacionales o globales, obvia el papel desterritorializador de la fuerza contemporánea del capital y del trabajo. De este modo, obvia las problemáticas espacio-temporales y se inhibe de una verdadera y necesaria atención hacia el asunto del tiempo¹. En particular, obvia el asunto de la historicidad en su relación con el espacio. Esta inhibición es, a su entender, una herencia de modelos interpretativos propiamente modernos, auspiciados por los dispositivos políticos, jurídicos y administrativos que corresponden a los Estados Nación –como la misma institucionalización de la Literatura Comparada en las universidades europeas–, entre los que destaca la conocida dialéctica entre el centro y la periferia, que, lejos de atender al tiempo, ya priorizaba entonces una concepción espacial de la historia.

Así, advierte Harry Harootunian, el comparatismo literario habría hecho suyas algunas de las tradiciones académicas del ámbito de las ciencias sociales, las ciencias políticas o los estudios de área. Si la dialéctica entre el centro y la periferia pudo dramatizar una historia de adelantos y tardanzas fue porque la idea del desarrollo habilitaba perspectivas comparadas que clasificaban las sociedades según un sistema de clasificación jerárquico. Esto se daba en el mismo sentido en que las definiciones sociológicas de la modernidad separaban aquello *moderno* –equivalente al presente de las sociedades capitalistas– de aquello premoderno, o precapitalista, que era visto bajo la sospecha de la interferencia en el esquema lineal del progreso y el desarrollo.

1 El artículo de Harry Harootunian, “Some Thoughts on Comparability and the Space-Time Problem”, retoma la transcendencia de las teorías urbanísticas de Henry Lefebvre y estético-literarias de Bajtin, precisamente para prorrogar la atención sobre la dialéctica espacio-temporal, configuradora de relaciones sociales. Estos argumentos serán la base de la revisión de la tradición del pensamiento marxista de su libro *Marx after Marx. History and Time in the Expansion of Capitalism*, Columbia UP, 2015.

Las teorías sociales de Ferdinand Tönnies, Emile Durkheim o Max Weber, entre otros, –con las nítidas distinciones entre lo comunitario y lo social, lo orgánico y lo mecánico o lo religioso y lo racional– contribuyeron a la instauración de una lógica binaria o un esquema dual del que participa la definición misma de modernidad. La teoría social de la modernidad aspira, de hecho, a separar el presente del pasado, con la finalidad mal disimulada de evitar cualquier contagio o adulteración por parte de un pasado que debe ser asimilado por el presente próspero.

La literatura comparada hoy, según él, no estaría muy lejos de dicha tradición de las ciencias sociales experimentales. El binomio entre lo central y lo periférico pertenece obviamente a dicho esquema dual, y la crítica comparada en literatura sacrifica a menudo cualquier rica y heterogénea genealogía, y expulsa también cualquier co-presencia de regímenes temporales, en su búsqueda de una homogénea estrategia de interpretación. Una homogeneidad hermenéutica que partiría del supuesto de una unidad basada en la contigüidad geográfica y que persigue el objetivo de construir una única configuración: un modelo universal que proyecta su réplica en todas partes.

En este contexto debe ser interpretada también la severa reprobación contra el comparatismo hecha por Spivak en *La muerte de una disciplina*. Allí, tras una alusión a *Políticas de la amistad*, de Derrida, asevera: “En el contexto de este libro esta sugerencia pondría en cuestión las políticas disciplinarias de la lectura distante así como las ambiciones de las literaturas del mundo y ponerlas bajo el control racional-estadounidense” (42). El texto de Spivak no solo alude abiertamente a algunos de los conocidos teóricos de la literatura mundial, como es el caso de Franco Moretti y su propuesta de *lectura distante*, sino que vincula el descrédito del comparatismo precisamente a este afianzamiento de las prácticas críticas y el poder institucional de lo que suele entenderse por “literatura mundial”: “Propongo el planeta como alternativa a estos gestos tímidos y conciliadores, así como a la arrogancia de la lectura cartográfica de la literatura mundial traducida en cuanto tarea de la Literatura Comparada” (91).

Spivak aboga abiertamente por una refundación utópica donde lo global o lo mundial pudieran ser remplazados por lo planetario, para dar así con aquella politización radical capaz de ser consecuente con la comunidad de los que no tienen comunidad, según explicaba Derrida en su mencionado libro *Políticas de la amistad*. Esta búsqueda del utopismo planetario es necesaria, según ella, precisamente porque los modelos inclusivos organizan las comunidades mediante cuidadosos recuentos de retrasos de tiempo –de ahí que Spivak retome la pregunta de Derrida “¿Quién es contemporáneo?”–.

Esta segunda reprobación, llevada a cabo por Spivak, alerta contra el peligro de que el comparatismo quede preso del relativismo cultural, la alteridad especular y la cyber-benevolencia: “La alfabetización transnacional podría quedar confinada dentro de una política de reconocimiento del multiculturalismo o de ayuda internacional, en interés de un ‘Desarrollo’ del que forma parte cada vez más la promesa de una cyber-alfabetización” (101). Es evidente que Spivak coincide con Harootunian en que el actual comparatismo tiende hacia el nacionalismo metropolitano. Los modelos inclusivos y las homogeneidades interpretativas son fruto, según ella, de un poscolonialismo que quedó preso en el mero nacionalismo contra el colonialismo cuando pretendía derribar las fronteras –simbólicas y materiales– de la cartografía mundial entre el Norte y el Sur.

Harootunian, por su parte, suma argumentos en ese mismo sentido al prestar también atención a la deriva que tomó el derribo de una segunda frontera, la del Este y el Oeste, que se añadiría a la del Norte y el Sur. Dicho derribo no ha hecho más que confirmar una deriva ya iniciada por el llamado marxismo occidental durante la Guerra Fría, cuando centró su atención en el modelo político y los ritmos y los plazos progresivos de los países capitalistas y las sociedades de consumo. Desde entonces, se orientaron todos los esfuerzos a una diagnosis que debía esclarecer cómo en dicho presente capitalista era la dominación económica la que determinaba las formaciones sociales. Esto se produjo a pesar de que dicha prioridad conllevara la universalización de un método de análisis que desatendía necesariamente las experiencias específicas en lugares singulares: las diferencias reales del desarrollo capitalista, aunque este fuera capaz de borrarlas naturalizándolas para esconder precisamente su propia emergencia histórica.

La dualidad centro-periferia y la literatura mundial

El combativo texto de Spivak y sus prácticas críticas contra el nacionalismo metropolitano pueden interpretarse como la reedición de la célebre *crisis* de la literatura comparada. Resultaba previsible que la novela global, objeto de estudio predilecto de la literatura mundial dada su cualidad inherentemente transnacional y transcultural, despertaría la atención del comparatismo, y que redefiniría incluso las premisas de la disciplina, tanto epistemológicas como metodológicas. Dicho de otro modo: era previsible que las reiteradas crisis del comparatismo hallarían en una novela de alcance global el pretexto para renovar la discusión.

Se renueva pues una discusión que existe desde los tiempos de Goethe y la aparición por primera vez del término Weltliteratur. Entre los episodios más relevantes de

dicha discusión estaría el que protagonizó René Wellek en 1954, cuando pronunció su célebre conferencia “La crisis de la literatura comparada” desde su exilio norteamericano una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, o el informe que presentó Charles Bernheimer el año 1993 ante el ACLA (American Comparative Literature Association), cuando propuso incluir en el comparatismo a la Crítica Cultural y los Estudios Culturales.

La ambición planetaria de la propuesta de Spivak reedita dicho debate e incide de manera perfectamente coherente en el factor histórico que ya determinó la primera especulación goethiana acerca del universalismo estético: el capitalismo. No solo Goethe, en sus diálogos con Eckermann, captó la importancia para la práctica artística y el lugar social del arte y la literatura de los procesos materiales de producción y de distribución de mercancías, sino que también lo captaron Marx y Engels cuando escribieron el *Manifiesto comunista*. Esto explica también por qué la especulación acerca de un ecumenismo utópico dependiente de la experiencia estética pronto comulgaría con una práctica de análisis literario académico. Si no fuera por dicho determinismo histórico resultaría difícil explicar cómo una práctica crítica de carácter pretendidamente universal pudo convertirse, bajo el paraguas de las universidades y otras instituciones de carácter nacional-estatal, en un instrumento útil en las contiendas por la hegemonía simbólica internacional que enfrentaba a las grandes potencias mundiales.

De hecho, aquello que Spivak y Harootunian detectan es cómo los nuevos factores económicos del globalismo actualizan este aliento competitivo de las potencias nacionales y culturales, y cómo el comparatismo –contra aquello que afirma ser y contra aquello que pretende sugerir la actual circulación literaria en un contexto digital y tecnológico global– prorroga su condición de herramienta útil en dichas contiendas. Se reeditan los debates clásicos del comparatismo, que sentencian de nuevo la existencia de una crisis, incluso fatídica, porque emergen nuevamente acertadas tentativas con las que reconducir la inercia nacional y nacionalista que acecha siempre al comparatismo: es una inercia que proviene en parte de los mismos organismos institucionales y administrativos que amparan el ejercicio crítico del comparatismo.

Estos mecanismos disciplinarios orientan hoy al comparatismo, más que nunca, hacia la sociología y hacia otras modalidades, a veces inéditas, de eficaz cálculo numérico. La vieja y conocida prescripción que alentaba la detección de las fuentes e influencias resurge con fuerza bajo los nuevos métodos del cálculo y la comprobación estadística, que convierten la circulación de los textos en el objeto prioritario de estudio. Se explica así en parte el éxito de las propuestas encabezadas David Damrosch, Pascale Casanova y Franco Moretti. El giro espacial que las amparaba –cuyo impulso

debería atribuirse a la filosofía de la historia benjaminiana, abiertamente antiprogresiva, o la relevancia para la historiografía de la heterotopía foucaultiana– se convirtió paradójicamente en un instrumento favorable a la perpetuación de la lógica o dualidad geocultural. La inteligibilidad del flujo de textos y traducciones se obtiene al preservar las categorías hegemónicas del centro y la periferia, que son dos posiciones fijas, o “continentes” virtuales, capaces de hacer desaparecer la relación o tensión espacio-temporal mediante una localización fija y asincrónica. Dicho de otro modo, la conceptualización de la circulación global no se acompañó de la reflexión sobre cuáles eran los textos que circulaban, qué hacía posible su difusión y qué nuevos localismos surgían de la proliferación de las diferencias, sin que se les pudiera considerar otra vez como simples repeticiones de enraizamientos primitivos.

Las propuestas acerca de la literatura mundial que han obtenido mayor aceptación institucional perpetúan las premisas históricas de una dialéctica que trata de integrar lo local en lo universal. Es así porque hacen suyas las concepciones derivadas de la teoría económica, y a menudo reducen los elementos de la circulación literaria a un sistema de equivalencias que se expresan en términos de valor. Por ejemplo, la primera de los tres autores mencionados, Pascale Casanova, en su célebre *La república mundial de las letras* (1999), dibuja gracias a la sociología de Pierre Bourdieu una república literaria de carácter mercantil, atribuyendo a la circulación y el intercambio transfronterizo de los textos literarios un valor competitivo totalmente ajeno a la formulación inicial de Goethe, que en ningún caso, como sí hace ella, convirtió a París en la sede de los mercados del capital cultural global desde donde se determinaría, hipotéticamente, el valor de cambio de los textos.

Pretendidamente, desde París, se regularía la admisión y la exclusión de las obras de la producción literaria mundial y solo a ella le correspondería la administración del tiempo universal, instituyéndose de este modo el mencionado régimen de centro y periferia: “‘el desarrollado’, que estipula y defiende las normas de lo literario; y el ‘atrasado’, que lucha por ponerse a la altura” (Prendergast 123). Más allá de la rigurosa precisión metodológica aportada por algunos de sus críticos –como por ejemplo las de Jérôme David, que diagnosticó las incompatibilidades entre las metodologías de Bourdieu, Wallerstein y Braudel empleadas por Casanova (120-128)– las suspicacias provienen en general de la capitalidad asignada a París y la cultura francesa en su conjunto. Al designar a la capital francesa como el *meridiano Greenwich* del espacio literario mundial, reedita el viejo monopolio geopolítico de la historicidad progresiva, que pretende pacificar la pluralidad y la heterogeneidad de historias mediante la violenta cancelación de contemporaneidades, como recuerda la pregunta retórica de Derrida que re-

cuperaba Spivak: es una vieja jerarquía cronológica ya conocida, que acerca culturas centrales de Occidente al horizonte cosmopolita del progreso mientras aleja al resto, supuestamente retardadas y periféricas.

La misma concepción del espacio literario mundial como un espacio de competencia y rivalidad inspira la nueva definición de literatura mundial promovida por David Damrosch, así como la propuesta de lectura sugerida por él, hipotéticamente más ajustada a la inédita circulación de los textos en el régimen contemporáneo. La celebración de la libérrima circulación promueve su consideración favorable de la traducción, que facilitaría el desplazamiento y liquidaría el fetiche filológico de la lengua de origen. De hecho, la circulación es una suerte de suplemento estético –*World literature is writing that gains in translation*– gracias a la cual la monología previa a la traducción adquirirá una mejorada calidad dilógica por la que el lector se haría cargo de una alteridad de la que la literatura mundial sería proveedora privilegiada. La prioridad espacial de esta circulación global se inhibe respecto al colapso de la flecha del tiempo progresivo. Al contrario, la legibilidad de la literatura mundial dependerá de lo bien que se esconda la porosidad de las fronteras y los tropismos simbólicos de las hegemonías, que convierten en deseable y seductoras las imágenes de una superficie global unificada.

Esta unificación se corresponde con el nacimiento del capitalismo y la expansión de un intercambio de bienes provechoso sobre todo para Europa y el mundo occidental. Si los textos, como las mercancías, pueden circular de manera descontextualizada es gracias a una visión estética ahistórica que posibilita la reproducción de una cartografía neoimperial: un mapa unificado que es fruto no solo de la supervivencia de un marco académico subsidiario de las euro-cronologías –los géneros, los períodos y el progreso cosmopolita– sino también de una concepción de la traducción como una vía de comunicación libre que lleva desde un espacio de dominio lingüístico a otro (Apter, *Untranslatables* 582). Una concepción interlingüística que favorece la difusión de una traducible monocultura de carácter transnacional, al alcance sobre todo de los idiomas de carácter global como el inglés, el francés o el castellano. Son estos idiomas los que se reparten el mercado único internacional que distribuye las mercancías culturales, hechas de estereotipos sobre las identidades nacionales, con sus oportunas etiquetas –postcolonial, multicultural, nativa o minoritaria– (Apter *Against* 42; Apter *On translation* 11-12).

El caso del tercero de los grandes y canónicos teóricos de la literatura mundial, Franco Moretti, también toma las teorías económicas como modelo o punto de partida para sus planteamientos. En su caso, es la teoría económica del sistema-mundo propuesta por Wallerstein la que inspira su labor metodológica. Su aportación no con-

templa ninguna circunscripción cronológica o histórica porque propone una noción absolutamente abstracta de la totalidad literaria de carácter universal. A diferencia de Pascale Casanova, que sí admitía la autonomía de los mercados literarios respecto al régimen económico y político mediante la conocida noción de *capital simbólico*, empleada por Pierre Bourdieu, Franco Moretti construye un aparato hermenéutico que hará factible una *lectura distante* de las obras siempre y cuando estas ilustren el espacio mundial de la circulación. Analizará aquellas características formales que sean un buen reflejo de lo que implica la inscripción de una obra en un espacio global de carácter competitivo (David 129-132). Su predilección por el estudio del género novelístico es una buena prueba de todo ello, porque excluye cualquier análisis de sistemas de circulación literaria ajenos a los experimentados por la novela de Occidente. De este modo, las obras se estudian según una adscripción genérica, y el género es antes que nada un emplazamiento en una lucha por la hegemonía simbólica que Moretti describe según una *ley de la evolución literaria*, con más ribetes darwinianos que no bourdieuanos, como era el caso de Pascale Casanova.

La ruptura de las formas literarias y las estructuras narrativas son fruto de la inserción de un género matriz occidental, con sus patrones abstractos, en una realidad particular de la experiencia social indígena. Dicho de otro modo, aquello que hace inteligible a un corpus es su sometimiento a una ley de la evolución literaria compuesta por una forma extraña y materiales locales; un argumento extranjero y personajes locales y una voz narrativa local. La literatura-mundo se convertirá así en una suerte de historia literaria de la novela y de sus viajes por el mundo según una cartografía que siempre va desde el centro, donde se fabrican los géneros, hacia la semi-periferia o la periferia (Beecroft 87).

La “teoría” de la “lectura distante”

La mundialización literaria auspicia metodologías que pretenden ser coherentes con la circulación de los textos gracias a las nuevas tecnologías. El fenómeno literario de alcance mundial orienta el rastreo académico hacia la orquestación de cartografías que registren traducciones y recepciones críticas de alcance global. Ahora bien, como se ha visto, la admisión explícita por parte de estas nuevas metodologías del factor espacial, consecuente con las características de este nuevo régimen de la circulación, no implica de hecho la asunción crítica del fin del paradigma evolutivo de la humanidad ni del colapso de la temporalidad progresiva. Y este es precisamente el factor que motivaba las severas críticas de Harootunian, Spivak, y tantos otros, que han visto detrás

de estos estudios acerca de la literatura mundial una propuesta historiográfico-literaria que tiende a inhibirse ante la evidencia de que el falso cosmopolitismo que dirige el proceso de globalización esconde un proyecto político de universalización del capital.

En particular, Spivak señalaba la propuesta de Franco Moretti al rechazar las políticas disciplinarias de la *lectura distante*. Es una propuesta que ilustra con claridad el alcance para los estudios literarios de estas nuevas metodologías, derivadas de aplicaciones tecnológicas e hipotéticas revoluciones epistemológicas. El mismo Moretti explica perfectamente sus intenciones tras admitir de hecho las críticas que hemos visto que surgieron ante su darwinismo teórico. Él reconoció que sus “Conjeturas”, publicadas el año 2000, acerca de un inabarcable corpus literario mundial, que solo sería inteligible mediante su sometimiento a la ley de la evolución literaria antes descrita, implicaba una oposición cualitativa entre los desarrollos autónomos –así puede interpretarse el ascenso de la novela en el centro literario– y los desarrollos comprometidos de la novela en la periferia literaria mundial. Eran recelos ante las implicaciones de una ley de la evolución literaria que prorrogaba marcos interpretativos de raíz abiertamente coloniales, como resume en una afirmación contundente Harry Harootunian:

What this representation had managed to veil was a collision of temporalities. An exported world-standard time demanded by capital and its overseas expansion –a new imperialization of time– clashed with diverse local times modes of existence as it established a world market and instigated colonial expropriation. This is not to say that the spectacle of divided or mixed temporalities did not already exist in the industrial heartlands of Euro-America but only that expansion provided the occasion to map the instance of unevenness, as denoted in classifications of “delay” and “arrest”, onto the hinterlands (“Some thoughts” 474).

A pesar de que Franco Moretti admitiera algunas de las reprobaciones y compartiera los recelos de algunos de sus críticos respecto a qué implicaba una ley desigual del desarrollo literario, en “Más conjeturas sobre la literatura mundial” (2003) perseveraría en las supuestas virtudes de su inicial propuesta metodológica:

Así pues, empecemos a buscar buenos dispositivos de clasificación. “Formalismo sin lectura detallada”, y no me viene a la cabeza una definición mejor. Con suerte será también un formalismo en el que los “detalles”, que tanto aprecian él y Prendergast, serán remarcados y no eliminados por los modelos y los “esquemas” (Moretti, “Más conjeturas” 90).

Pocos años después Moretti ahondaría en este formalismo “sin lectura detallada” que querría alejado de todo textualismo. Abundaba en los argumentos de la célebre apuesta o *conjetura* del año 2000 a favor de una historia literaria que él creía que sería más ambiciosa cuanto mayor fuera la distancia que tomara respecto del texto –*the more*

ambitious the project, the greater must the distance be-. Insistía en trabajar en una dirección opuesta a la impulsada tanto por la Nueva crítica como la deconstrucción –modalidades ambas de lectura atenta que dependían necesariamente de un “canon extremadamente pequeño” y que eran, consiguientemente, incompatibles con la inabarcable amplitud de una literatura mundial que requería de nuevos métodos (Moretti, “Más conjeturas” 57).

El formalismo comparatista de Moretti, en cambio, dependía de una sociología de la “racionalización” que proponía una división del trabajo entre los historiadores nacionales de la literatura y los historiadores de la literatura mundial, a partir de las llamativas metáforas del “árbol” y la “onda” con las que ilustró lo que había sido tradicionalmente el objeto del comparatismo: el pasaje de lo uno a lo diverso, o de lo múltiple a lo único. Franco Moretti expresaría esta afiliación sociológica de su *lectura distante* de nuevo en el capítulo “Mapas”, de su libro *Graphs. Maps, Trees* (2005), antes publicado como artículo el año 2004. Allí toma prestada la definición bióloga de Arcey Thompson para explicar que la forma de cada objeto concreto, también del texto, debe ser siempre descrita como el resultado de la acción de una fuerza. Esta concepción del objeto (un “diagrama de fuerzas”, que remite evidentemente al espacio cartesiano) le servía obviamente para convertir la obra literaria en el resultado de las fuerzas que habrían actuado sobre él, y con ello se reeditaban las prácticas clásicas de la deducción llevadas a cabo tradicionalmente por la sociología literaria: la forma se subordina a una función cuando se constituye como el elemento gracias al cual inferir cuáles son aquellas fuerzas exógenas responsables de su configuración.

Todo ello vuelve a hacerse explícito en un nuevo artículo que Franco Moretti publicará el año 2020, “Los caminos que llevan a Roma”. En este caso, la *lectura distante* no se opone al modelo de lectura de la Nueva Crítica o la deconstrucción, sino a la hermenéutica, cuya modalidad filológica de atención textual dependería, según él, de un «sentido» que estaría siempre más allá de la forma literaria: “La interpretación *transforma* todo lo que toca: ‘esto significa eso’”, escribe Moretti (“Los caminos” 147). Otra vez la *lectura distante*, —esto es, la renuncia a la lectura— se erige contra modelos de lectura, y lo hace paradójicamente en nombre de la pureza de un régimen exclusivamente morfológico. El principio de la cuantificación es, a su entender, la garantía de que no se abandona el régimen morfológico, porque este sí se mueve “entre *forma* y *forma*, intentando definir las coordenadas de un mapa literario aún no cartografiado” (147).

En efecto, la lógica cuantitativa guía su mirada hacia los sistemas literarios, descritos en función de unos rasgos estrictamente morfológicos que provienen de la cons-

trucción de pares conceptuales (narrador/personaje; escrito/hablado; analítico/emocional; etc.) gracias a los cuales podrá cartografiarse el espacio de las posibilidades narrativas. Si antes, cuando había ahondado en sus *conjeturas* sobre la novela mundial, la obra o el texto eran asimilados al objeto –un diagrama de fuerzas– ahora el texto queda fagocitado por la serie, en esta tentativa suya de erigir una historia de la literatura sin los textos: “Sin textos en el sentido de que *hay demasiados*, por supuesto, y ya no es posible estudiarlos como supuestos individuales” (Moretti, “Los caminos” 124).

La cartografía mundial y el olvido del espacio-tiempo

Si el texto, o la obra literaria, ha quedado fagocitada por la serie, es coherente, según Moretti, que el modelo analítico de naturaleza cuantitativa releve cualquier modalidad de lectura atenta. Con todo, es llamativo que Moretti pretenda legitimar esta propuesta amparándose en las virtudes de la célebre escuela de los Anales, que había relegado a la periferia los acontecimientos individuales de la historia al estudiarlos como elementos de una serie. Según él, así debería procederse en el estudio de la literatura mundial: “Ya no estamos estudiando textos, sino *series* de textos” (Moretti, “Los caminos” 142).

Aunque no sea la primera vez que la morfología literaria muestra su predilección por los hallazgos historiográficos de la escuela de los Anales, sorprende que Moretti lo haga desde la sociología literaria y en nombre, abiertamente, del principio cuantitativo. Hay que recordar que una asociación aparentemente similar la había llevado a cabo Roland Barthes en 1967, cuando escribió “El discurso de la historia”:

También es comprensible que la debilitación (cuando no la desaparición) de la narración en la ciencia histórica actual, que pretende hablar más de estructuras que de cronologías, implique algo más que un simple cambio de escuela: una auténtica transformación ideológica; la narración histórica muere porque, el signo de la Historia, de ahora en adelante, es mucho menos lo real que lo inteligible (177).

Como es sabido, Roland Barthes escribe este y otros textos en el marco de una revolución metodológica de mayor alcance, que quiso extender la lingüística a la semiótica narrativa. Se interpretaba entonces que las estructuras del relato son homólogas de las de las unidades elementales de la lengua, según lo había descrito Ferdinand de Saussure. Franco Moretti se siente amparado por dicha revolución científica aún hoy, y admite como propia una tradición que atribuyó un papel determinante a la constitución binaria del signo saussuriana (significante-significado), como se observa en aquellos pares conceptuales de raíz morfológica antes mencionados con los que pretende elaborar inéditas cartografías del sistema literario (narrador/personaje; escrito/hablado;

analítico/emocional; etc.). De hecho, en el texto del año 2019 que escribe junto a Oleg Sobchuk, titulado “Oculto a plena vista”, recupera explícitamente la definición escrita por Vladimir Propp en la primera página de su canónica *Morfología del cuento*: “La palabra ‘morfología’ significa el estudio de los componentes en su relación entre sí y con el todo”. Definición a la que Moretti y Sobchuk añadieron taxativamente la siguiente conclusión: “Para este tipo de estudio, más que la historia, se necesita una mesa de disección” (113).

Moretti, por lo tanto, reanuda el ataque que la escuela de los Anales había llevado a cabo contra la práctica historiográfica basada en los acontecimientos. Retoma aquel modelo macrohistórico que favoreció en su día la aparición de un objeto de estudio menos centrado en los episodios singulares, definidos por su fugacidad o brevedad, y más atento a una larga duración, que estructuraba en el plano temporal series de hechos repetibles. Lo hace porque es precisamente esta serialidad el factor que permite la delimitación de un nuevo objeto de estudio accesible mediante la cuantificación y el tratamiento matemático de los datos. Aquellos “hechos” que se inscribieron entonces en la serialidad son ahora textos, que se inscriben a su vez en una hipotética serialidad literaria que se puede acometer gracias a las nuevas herramientas de la computación. La computación, al entender de Moretti, permite explorar todo aquello que “parecía tan prometedor 50 años atrás”.

Ahora bien, esta afiliación por la que Franco Moretti reanuda el impulso macrohistórico de la escuela de los Anales en el orden global contemporáneo no está exenta de contradicciones. Para empezar, el formalismo que reivindica Moretti —“La forma como el aspecto más profundamente social de la obra de arte”— se sostiene sobre premisas estrictamente metodológicas, pero no forma parte de un movimiento crítico de raíz antihumanista, como sucedía con la escuela de los Anales y su reivindicación por parte de Roland Barthes el año 1967. Si los historiadores de esta escuela, y Roland Barthes con ellos, se oponían a la historia episódica, es porque la fugacidad del acontecimiento singular caracterizaba una acción individual. Fundamentalmente una acción de carácter político que convertía necesariamente al individuo en depositario último del cambio histórico. De este modo, a diferencia de la historia episódica —centrada en batallas, concilios y armisticios y atenta a la actuación y las decisiones de jefes de Estado y prelados o diplomáticos, entre otros— la escuela de los Anales aspiraba a desplazar el eje de la investigación histórica de la política a la historia social.

Es así como el concepto de larga duración se explica: contra aquella concepción de la historia episódica, homologada a la historia-relato y dependiente de una acción fugaz propia de una concepción individualista y burguesa de la existencia. En aquel

contexto, la denuncia de la historia-relato enfatiza la relevancia de las condiciones económicas y sociales. Los procedimientos cuantitativos tomados de la economía y extendidos a la historia demográfica, social, cultural o incluso la espiritual son efectivamente retomados por Franco Moretti en un nuevo contexto global, pero descontextualizados de la revolución política antihumanista que inspiraba aquel cientifismo. Por eso el impulso que añaden las herramientas computacionales inciden solo en la eficiencia metodológica, pero no se atiende a las cautelas exigidas por los métodos de la microhistoria y diversos debates historiográficos.

La admisión del modelo macrohistórico para el análisis de la historia económica y social de la escuela de los Anales implicaba también la admisión de prácticas metodológicas provenientes de la geografía, que dependía a su vez del lenguaje de la representación cartográfica. El énfasis en la dimensión espacial que encabeza Franco Moretti —sin la motivación política que tanto Walter Benjamin, y su lucha contra la ideología del progreso burgués, o las de Michel Foucault y Roland Barthes, y sus respectivas luchas desmistificadoras de la cultura burguesa—, desatiende todas las advertencias contra la representación macrohistórica. Advertencias justificadas sobre todo si la escala de representación pretende alcanzar una dimensión global, porque resulta inverosímil que no se dé una necesaria pérdida de información o de complejidad al aplicar dicha escala, cuyas proporciones son difícilmente conciliables con la heterogeneidad de la información que se pretende abarcar.

Moretti desatiende las advertencias contrarias a una macrohistoria cuya lectura de la escala social se realiza necesariamente desde arriba hacia abajo. Algunas de estas advertencias son tan conocidas como por ejemplo la de Carlo Ginzburg en su célebre libro, paradigma de la práctica microhistórica, *El queso y los gusanos*. Su personaje, Menocchio, el molinero friuliano perseguido y condenado por la Inquisición, se convertía en objeto de estudio precisamente porque su rareza escapaba a la investigación de una historia serial y cuantitativa para la que son más significativas los números y el anonimato que la singularidad o la excepcionalidad.

Con Menocchio, precisamente, la microhistoria quería demostrar cómo al desplazar el énfasis hacia las estrategias individuales, familiares o de grupos quedaba desmentida la presunción según la cual los actores de último rango estaban necesariamente sometidos a las presiones sociales de todo tipo, sobre todo las ejercidas en el plano simbólico (Ricoeur 289). Dicho de otro modo, se corregía el tratamiento de las relaciones entre la cultura erudita y la cultura popular que se habían visto afectadas por dicha presuposición —la lectura hecha de arriba abajo de la escala social— que no dejaba de estar vinculada a la elección de la escala macrohistórica.

La cartografía mundial requiere de un tiempo histórico: Roland Barthes y Jacques Rancière

Franco Moretti querría haber resuelto dichas amenazas desde su argumentación o *conjetura* inicial respecto a la literatura mundial. En última instancia, los problemas derivados de la variación de escalas en la historiografía equivalen a la difícil conciliación histórica entre lo uno y lo diverso; la uniformidad y la pluralidad. La respuesta que brinda su división (científica) del trabajo según las conocidas metáforas del “árbol” y la “onda” no hace más que asignar objetos según un modelo funcional, pero no arroja demasiada luz sobre las modalidades de la intersección y no resuelve por lo tanto el problema de la variación de escala². Afirmar que la literatura nacional es el objeto que corresponde a aquellos que ven “árboles” y que la literatura mundial queda reservada para los que ven “ondas” no alienta la visión de una crítica comparatística para la que no puede pasar desapercibida la imbricación entre el mercado global y la administración política local. Dicho de otro modo, el comparatista ocupado en la literatura mundial no puede limitarse a ser, como él sugiere, una “espina clavada”, “un reto intelectual permanente para las literaturas nacionales”, solo por el hecho de que hay un convencimiento militante en que “su punto de vista es mejor” (Moretti, “Conjeturas” 76).

No se deviene “espina clavada” mediante la división científica del trabajo, que ha convertido previamente los “textos” en “puntos” de una serie. Tampoco la lectura distante —el trabajo sobre la mesa de disección en un marco descronologizado que se ampara en la sincronía lingüística del estructuralismo y la escuela de los Anales— te convierte en un “reto intelectual permanente”. Entre otros motivos, porque son estrategias analíticas que prorrogan la acepción de frontera nacional que había regido el comparatismo durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, tal y como había alertado el textualismo de Wellek cuando en 1954 llamaba la atención sobre la hegemonía vigente del historicismo positivista en la labor del crítico comparatista. La tarea del crítico comparatista es reconocer en el texto un orden en que la frontera temporal y la frontera geográfica están inextricablemente enlazadas, y por lo tanto no pueden emplearse las metáforas de la continuidad o la discontinuidad geográfica sin adaptar la acepción de frontera al actual marco mundial o global, dentro del cual las prácticas patrimoniales de los Estados-Nación no son homologables a las desempeñadas durante el siglo XIX y buena parte del XX³.

2 “El árbol describe el tránsito de la unidad a la diversidad. Un árbol con muchas ramas: del indoeuropeo a decenas de idiomas diferentes. La onda es lo contrario; observa solo la uniformidad que engloba la diversidad inicial: las películas de Hollywood conquistando un mercado tras otro (el inglés engullendo un idioma tras otro). Los árboles necesitan discontinuidad geográfica; a las ondas les disgustan las barreras y florecen con la continuidad geográfica [...] Los Estados-Nación se aferran a los árboles y las ramas; los mercados hacen ondas. Y así sucesivamente. Nada en común entre las dos metáforas, pero ambas funcionan”. (Moretti, *Conjeturas* 75).

3 Esta adaptación de la acepción de frontera en el mundo del capitalismo global es la que han desarrollado

En este sentido, según se afirmaba en el segundo apartado del presente artículo, para el comparatista, la prioridad espacial de esta circulación global no debiera poder conjugarse con una visión estética ahistórica, que convierta en deseables y seductoras las imágenes de una superficie global unificada. Dicho de otro modo, el punto de vista del comparatista no puede adscribirse al que expresa la metáfora de la “onda” —“desde el punto de vista de una onda, el mundo ideal es una laguna” (Moretti, “Conjeturas” 75)— porque la circulación descontextualizada de textos convertidos en mercancías no es otra cosa que la reedición de cartografías neoimperiales. El comparatismo no debe inhibirse ante el colapso de la flecha del tiempo progresivo, precisamente porque la legibilidad de la literatura mundial en un orden de mercado global depende de la ocultación de la porosidad de las fronteras. El modo en que dicha ocultación opera se hará evidente en la medida en que las fronteras pasen a ser hoy interpretadas como las complejas delimitaciones que son: procuradoras de rédito que imbrican lo espacial y lo temporal —lo cercano y lo lejano o lo retardado y lo avanzado— según los tropismos simbólicos de las hegemonías culturales contemporáneas.

Para Moretti, existiría un *tiempo sin historia* que es el que correspondería a la abstracción absoluta del experimento morfológico. El tiempo que corresponde al laboratorio literario, donde los textos se disponen para ser analizados de una manera que “rompe todas las conexiones con la experiencia vivida al leerlas” (Moretti, “Oculto” 117-118). De esta manera, desdeña cualquier aproximación al texto desde los estudios histórico-literarios, aunque para hacerlo se vea obligado a restringir el marco de dichos estudios a partir de una definición tan convencional como imprecisa: la que remite a los valores de la “continuidad” y la “sucesión” indesligables de la evolución lineal. Consecuentemente, solo permite la conjugación necesaria del *tiempo sin historia* del laboratorio morfológico con los diagramas darwinianos de la evolución biológica, sin admitir que cualquier cambio de paradigma metodológico acerca del orden global de la literatura debe hacerse cargo del fin de la ideología del progreso, que precisamente se había dibujado gracias a los diagramas de la física cartesiana sobre el espacio neutro que le son tan útiles.

De hecho, al inhibirse respecto al colapso de la flecha progresiva del tiempo, Franco Moretti no puede compartir un fundado recelo ante el impulso científico que había supuesto décadas atrás la Escuela de los Anales. Desconfianza que no solo proviene, como se ha dicho, de los problemas inherentes a la variación de escalas, según adver-

Sandro Mezzadra y Brett Neilson en *La frontera como método*; Étienne Balibar, en múltiples textos recogidos en *Cosmopolitique*; Emily Apter en *Against World Literature* y Emanuela Fornari en *Líneas de frontera*; entre otros autores.

tía la microhistoria de Carlo Ginzburg, sino también porque en el plano historiográfico la destitución del relato episódico conllevaba necesariamente su restitución inmediata, ante el riesgo de que la empresa historiadora quede disuelta en la cientificidad positivista. Así lo explica Jacques Rancière en su libro *Les Noms de l'Histoire*, cuando analiza la escena final del libro clásico de Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*:

Les étrangetés symétriques du discours sur la paperasse des pauvres et du récit de la mort royale qui ouvrent et ferment *La Méditerranée* s'inscrivent dans la contrainte de cet espace théorique et politique. Celle-ci révoque la belle image d'une révolution copernicienne, faisant tourner autour des masses ce qui tournait autour des rois. Elle interdit la simple coïncidence entre le congé donné aux rois et aux ambassadeurs et la promotion d'une histoire scientifique attachée aux données solides et rigoureusement élaborables de la vie des masses [...] L'histoire nouvelle ne peut simplement recevoir de la mort des rois son objet nouveau. Comme toute science sociale légitime, elle doit régler cette vie excessive des êtres parlants qui a tué la légitimité royale et menace celle du savoir [...] Complice par son nome même, de la maladie des êtres parlants, intimement liée, par son objet et son propos nouveaux, à la mort des rois et au péril de la parole légitime, elle a l'obligation impérieuse de réécrire la scène primitive, de donner aux rois une autre mort d'écriture et une succession scientifique légitime. [...] comment donner aux rois une bonne mort, une mort scientifique? (42-44)

Según la persuasiva imagen de Rancière, una vez muerto el rey, sobre su mesa ya no solo se encuentran los papeles propios de la servitud diplomática, los despachos de los embajadores, sino un “papeleo doble” que suma a estas voces las voces de la “paperasse des ‘pauvres’” (42). Braudel, en consonancia con los preceptos de las ciencias sociales modernas, aspirará a reparar la ceguera derivada de esta proliferación *excesiva* de palabras, según dirá Jacques Rancière. El exceso de palabras que procura la muerte del rey es también la deslegitimación de los reyes en general, y el impulso de un paradigma “romántico-republicano” de la historia que sea capaz de dotar de legibilidad y visibilidad a una muerte muy diferente a la del regicidio y sus equivalentes. Será así como el “relato fundador” de Michelet se propondrá dar voz a la muerte común de los pobres y las masas, aunque para ello sucumba nuevamente a la ideología de los actores: allí donde el relato episódico era ordenado mediante las acostumbradas denominaciones –“noble”, “orden”, “clase”, etc.–, ahora lo ordenarán modalidades específicas de la abstracción personificada, como “Francia”, “Patria” o “Nación”. De todos modos, Braudel rehúye seguir los pasos de Michelet y asoma su mirada sobre la mesa del rey muerto para tratar de reparar, gracias al lenguaje científico, la ceguera de los hombres ante los grandes equilibrios y las grandes regulaciones del cuerpo social, al mismo tiempo que convierte a este en el nuevo objeto de ciencia (Rancière, *Les Noms* 43).

Franco Moretti, a su vez, querría avalar su inédita confección de mapas mundiales en el cientifismo de los Anales, incorporando él un eficaz recurso computacional. De hecho, resulta evidente que su experimental morfología histórico-literaria es heredera de las viejas conversiones metodológicas inauguradas por la geografía: por un lado, se incide en el lado geométrico de la experiencia gracias a la visualización cartográfica y, por otro, se incide en el lado humano mediante conceptos de origen biológico: célula, tejido, organismo, etcétera. Si la estabilidad de los paisajes y la inmovilidad de la larga duración del espacio del Braudel ralentizaba la duración, ahora se prorroga esa misma desconexión del espacio respecto a la experiencia viva, anclada a su vez en la extensión del cuerpo y de su entorno (Ricoeur 199).

Así se explica que Franco Moretti presuma de trabajar en un tiempo, el del laboratorio, que ha roto todas las “conexiones con la experiencia vivida al leerlas” (Moretti, “Oculto” 117-118). Ruptura por la que su práctica comparatista, como se ha visto, abjuraba de cualquier modalidad textual de crítica o análisis, fuera esta la de la hermenéutica, la de la nueva crítica o la de la deconstrucción. En realidad, como había hecho antes que él Braudel, apaciguaba el temor ante el *exceso de palabras* mediante la restitución científica, donde la estructura de racionalidad se sobrepone a la amenaza de la disipación positivista.

Pero es precisamente esto lo que convierte en irrelevante la aparente coincidencia entre aquel lejano aplauso de Roland Barthes ante una nueva ciencia histórica, en “El discurso de la historia” (1967), y el de Franco Moretti. Más allá del conocido cientifismo lingüístico del estructuralismo narratológico, hay que inscribir la propuesta favorable a la inteligibilidad de la nueva historia de Roland Barthes en el conjunto de un proyecto crítico que conjuga lo poético y lo político de un modo particular. Como recuerda el mismo Roland Barthes en su *Lección*, sobre su mesa de trabajo está depositada desde 1945 la fotografía que tomó Nadar de Michelet. Por lo tanto, a diferencia de lo que sucedió con Braudel, y por extensión con Moretti, Roland Barthes no dio la espalda a las paradojas del “relato fundador” romántico-republicano. Su mirada no se posa sobre los legajos diplomáticos de sus súbditos del rey muerto, todavía depositados sobre el escritorio real, sino que es la mirada vigilante de Michelet, escrutando el trabajo del crítico desde una fecha bien temprana, la que sella su compromiso con el lenguaje inaccesible de la muerte común: el de la “paperasse des ‘pauvres’”, de la que habla Jacques Rancière.

En efecto, Roland Barthes había apreciado en Jules Michelet al “premier des auteurs de la modernité à ne pouvoir chanter une impossible parole” (Hartog 187). Esta es la estela en la que inscribe su propia labor, como explicita casi de un modo programático en *El grado cero de la escritura*, al afirmar en sus páginas finales que la literatura de-

vendría la “utopía del lenguaje” (85-89). De ahí que los debates que mantiene acerca de la historiografía durante los años 60⁴ se expliquen menos por el contexto cientifista de adscripción estructuralista que por su inicial fidelidad al *exceso de palabras*, que liquidan de hecho el principio aristotélico de la verosimilitud. Si la historia episódica subordinaba la inteligibilidad a la economía narrativa de las acciones y la distribución jerárquica de sus agentes, Barthes desestabiliza o desequilibra el principio funcional del significado histórico al expresar la falta de correspondencia entre el signo y el referente, y convierte en “El efecto de lo real” el detalle superfluo de la descripción en un legítimo elemento estructural. Es fácil apreciar en estas sugerencias críticas de Barthes sobre la operación historiográfica similitudes con la propuesta poética y política que años más adelante llevará a cabo Jacques Rancière, cuando describa el régimen estético de las artes como el que corresponde al de la ficción moderna del siguiente modo:

Pero si los detalles de la descripción son igualmente insignificantes, es porque conciernen a personas cuya vida misma es insignificante. La democracia literaria significa, de hecho, demasiado mundo, demasiados personajes parecidos a todos los otros, indignos de ser distinguidos por la ficción. Toda esta población sobrecarga el relato. No deja lugar para la selección de caracteres significativos y para el desarrollo armonioso de una trama [...] La buena relación estructural de las partes con el todo se basa en una división entre las almas de élite y los seres vulgares [...] Y es esta distribución de papeles precisamente la que la nueva ficción destruye. [...] El mundo de los trabajos y los días ya no es el mundo de la sucesión y de la repetición opuestas a la grandeza de la acción y sus fines. Es la gran democracia de las coexistencias sensibles que revocan la estrechez del orden antiguo de consecuencias causales y de convenciones narrativas y sociales (Rancière, *El hilo* 22-24).

El historiador François Hartog, que enfatiza certeramente la relevancia de la obra de Jules Michelet en el pensamiento de Roland Barthes, establece una sugestiva asociación que incide en el vínculo entre lo poético y lo político: “En somme, Barthes reformule, mais à la lumière de 1968, le drame que Michelet avait vécu en 1848, forcé de prendre acte de l’inaccessibilité du langage-peuple” (190). El discurso de la historia, tras el regicidio y la distribución episódica de los acontecimientos relevantes, pretende ahora ser leal a la incomunicabilidad del lenguaje de los muertos: la muerte en la historia es inherente al relato fundador de Michelet, y por lo tanto no hay escritura histórica que no sea vea abocada a la deslealtad de la transmisión. Esta muerte –la palabra imposible de la transmisión imposible sin traición– es la *dobles ausencia* de la que habla Rancière y que rige el proyecto de Barthes: de la cosa misma, que ya no está ahí, y del acontecimiento, que nunca fue tal como se dijo.

4 Destacan tres de sus textos: “El discurso de la historia”; “El efecto de lo real” y “La escritura del suceso”.

Con todo ello se aprecia cómo el *exceso de palabras* vinculado a la *muerte en la historia*, según la atinada formulación de Rancière, aclara el mencionado vínculo entre poética y política en el proyecto crítico de Barthes: la ausencia de las cosas en las palabras –la ausencia de lo denominado en los nombres– y la desmistificación, esto es, la vocación crítica de una ciencia de los signos.

Emergencia teórico-literaria y “lectura (en) común” del texto mundial

El estudio en el laboratorio que lleva a cabo Franco Moretti de una historia sin tiempo donde los textos dejan de serlo para devenir “puntos en una serie” es ajeno a esta tradición crítica que Barthes representa paradigmáticamente. El trabajo computacional es coherente con una voluntad científica que había sido anunciada desde la temprana formulación de un proyecto sistemático, sus *Conjeturas sobre la literatura mundial*. Ante la “enormidad de lo no leído”, Moretti está convencido de la eficiencia metódica proveída por las ciencias sociales modernas. Su experimento, según una tradición de estirpe weberiana, debe poder ser repetido, y sus resultados reproducibles, según la supuesta capacidad de todo experimento para trascender a la persona que lo emplea en un determinado momento o coyuntura. De aquí que acabe por aplaudir que el laboratorio rompa “todas las conexiones con la experiencia vivida al leerlas” y promueva una morfología comparativa donde los textos han dejado de ser el objeto de estudio porque ahora lo son las “series de textos”.

El destierro de la singularidad del texto –ajeno a la regularidad comprobable y cuantificable de la serie– pretende exorcizar cualquier obstáculo ante el devenir de un sistema de “contabilidad de deudas y préstamos” mensurable y clasificable gracias a los logros de los métodos computacionales. Es así como el nuevo impulso científico del actual marco mundial retoma, o revive, aquella modalidad del comparatismo contra el cual Wellek había ensayado su respuesta textualista el año 1956, cuando difundía una nueva noción de la obra de arte –una “estructura estratificada de signos y significados”– con el objetivo de revocar el éxito de la lógica cuantitativa llevada a los estudios literarios por el nacionalismo historicista: aquella “contabilidad de deudas y préstamos” a la que aludía el exiliado checo ante el auditorio académico del ACLA :

Me parece que la única noción correcta es resueltamente «holística», la que ve la obra de arte como una totalidad diversificada, como una estructura de signos que, sin embargo, comportan y requieren significados y valores. Tanto el anticuario relativista como el formalismo externo se equivocan al intentar deshumanizar el estudio literario. No se puede expulsar a la crítica de la investigación literaria (87).

El análisis clínico del laboratorio científico, que se debe a la explicación, pero en ningún caso a la valoración o el juicio, restablece, cuando da la espalda al textualismo, la dicotomía clásica entre forma y contenido. Franco Moretti persigue, según dice él, el ideal de la sociología literaria de “deducir de la forma de un objeto las fuerzas que lo han convertido en lo que es” (Moretti, *La literatura vista* 82), interpretando que los contenidos de los grandes procesos sociopolíticos son esas fuerzas exógenas que inciden sobre la forma artística o, en su caso más restringido, sobre la estructura narrativa. En última instancia, su ortodoxa posición metodológica aleja el ámbito de la estética de la acción política cuando “explica” las formas o las estructuras narrativas como expresión más o menos deformada de procesos sociales.

En su conjunto, el proyecto sobre la literatura mundial propuesto por Franco Moretti y otros representantes de este ámbito de estudio prescinde de las modalidades más previsibles del humanismo clásico. Con acierto, rehúyen cualquier tentativa solipsista, y es por ese motivo por el que rechazan la prioridad fenomenológica, que suele regir la atención sobre el “gusto” del lector. Ahora bien, esta cautela ante el solipsismo, que arrincona al lector, significa también prescindir, como se ha visto, de la vocación desmistificadora de la semiología, del textualismo antisociológico de Wellek e incluso de la arqueología del saber de Foucault.

Foucault en *La arqueología del saber* deshacía el binomio entre la estructura y el devenir en el marco de una propuesta que revisaba la noción del documento. Este, para empezar, era interpretado según las leyes del análisis literario que, para Foucault, implica concebirlo como una unidad, una estructura propia que no resulta de ninguna “alma”, “sensibilidad de una época”, “grupos”, “escuelas”, “generaciones” o “movimientos”. Esta concepción del texto en tanto que unidad arquitectónica con estructura propia es la que permite a Foucault dar por amortizada una modalidad de la historia que, cuando convertía el *monumento* en *documento*, subordinaba la arqueología a la historia. Una modalidad de historia que poseía una cualidad restitutoria del pasado y que atribuía al monumento la capacidad de despertar la “lozanía de los recuerdos”. Se trataba de hacer hablar a los documentos con el objetivo de restituir “la forma de conjunto de una civilización, el principio –material o espiritual– de una sociedad, la significación común a todos los fenómenos de un período, la ley que da cuenta de su cohesión” (15). Estas tramas, que tejían redes de causalidad, que permitían la derivación de los fenómenos bajo un principio de cohesión, serán relevadas por una historia que libera a la arqueología de su subordinación cuando transforma el *documento* en *monumento*. Será la lectura, el análisis o la “descripción intrínseca del monumento” (11) la que desplegará el espacio de una dispersión que tanto aprecia Foucault y que,

efectivamente, asumía el reto prioritario de la constitución de series: “definir para cada uno de sus elementos, fijar sus límites, poner al día el tipo de relaciones que le es específico y formular su ley y, como fin ulterior, describir las relaciones entre las distintas series, para constituir de este modo series de series o ‘cuadros’” (11-12).

Esta labor arqueológica, que definía la labor del historiador, con los problemas de escalas derivados de la multiplicación de los estratos comprometidos con los diferentes desfases y remanencias de las “series de series”, invalidaba la racionalidad teleológica del porvenir. Foucault valora una historia nueva, discontinua, que permite la irrupción del “acontecimiento” singular, que es precisamente lo que la historia solía negar, y su valoración positiva, como se vio que sucedía también con Roland Barthes, no se explica solo a partir de la asunción de los presupuestos estructuralistas: “hace ya mucho tiempo que los historiadores localizan, describen y analizan estructuras, sin haberse preguntado jamás si no dejaban escapar la viva, la frágil, la estremecida ‘historia’. La oposición estructura-devenir no es pertinente ni para la definición del campo histórico, ni, sin duda, para la definición de un método estructural” (19).

Si la analogía que Franco Moretti establece entre los estudios sobre la literatura mundial y la escuela de los Anales se explica en el marco de la cientifización alentada por el lenguaje computacional y el trabajo de los laboratorios organizados en red, la composición de las “series de series” de la arqueología foucaultiana se explicaba en cambio por la concepción estratificada del texto, ahora interpretado en tanto que *monumento*. Por lo tanto, en *La arqueología del saber* no se desestima en absoluto la figura del lector, sino aquella operación historiográfica que tiende a la linealidad teleológica del devenir ajena a la “estremecida” historia. Si Foucault desestima algo, es la concepción de una conciencia soberana –no la figura del lector ni cualquier modalidad de textualismo vinculada a él–. Se desestima la recaída en una modalidad historiográfica que se refiere, “en secreto, a la actividad sintética del sujeto” cuando restituye una narración ajena a cualquier principio de discontinuidad (23).

Ante esta recaída, Foucault afirma: “Es como si tuviéramos miedo de pensar el *Otro* en el tiempo de nuestro propio pensamiento” (20). Cualquier tentativa que el comparatismo contemporáneo quisiera llevar para restituir hoy el vínculo entre lo poético y lo político, entre el análisis y la crítica, promovida, como se ha visto, por Wellek, Barthes o Rancière, debería considerar esta alerta proferida por Foucault en 1970. Es lo que hace por ejemplo Paul Ricoeur, sin sucumbir a la indeterminación, la inconcreción o el relativismo cultural al que suelen tender tanto la hermenéutica fenomenológica como la pragmática de la lectura:

La muerte incorpora, de alguna manera, el ausente en la historia. El ausente del discurso historiográfico. A primera vista, parece que la representación del pasado como reino de los muertos condena la historia a no ofrecer a la lectura más que un teatro de sombras, agitadas por supervivientes con la sentencia de condena a muerte en suspenso. Queda una salida: considerar la operación historiográfica como el equivalente escriturario del rito social de la sepultura. (479-480).

La historiografía transforma el gesto de sepultura en escritura, asumiendo en el presente la tensión estética inherente al relato fundador de Michelet que había hecho suya Roland Barthes: el lenguaje imposible de la muerte común. La imagen de Paul Ricoeur –que es en realidad una acertadísima glosa de *L'absent de l'histoire* de Michel de Certeau y del modo en que este retomaba el pensamiento de lo exterior foucaultiano– alude a la posibilidad de que la escritura pueda transformar en presencia interior la ausencia física de lo perdido. Pero al describirlo como un acto social, la ausencia es vista como el resultado de un trabajo elaborado de manera comunitaria en el presente. Como desarrolla Michel de Certeau en el capítulo “El lugar del muerto y el lugar del lector” de *La escritura de la historia*, la escritura instituye una relación dinámica entre las posiciones de la muerte y del lector porque es gracias a ella que la sociedad en el presente puede “situarse dándose en el lenguaje un pasado” (117). De ahí que Ricoeur hable de que la escritura historiográfica es un equivalente del “rito social de la sepultura” (480).

Es así como el comparatismo, ante la literatura mundial, podría reemplazar la analogía entre los estudios literarios y la escuela de los Anales elaborada por Franco Moretti e insertarse mediante esta nueva analogía en una tradición teórico-literaria donde el pensamiento de Foucault acerca de lo exterior e incluso la filosofía de la historia benjaminiana –“la escritura crea muertos para que haya vivos” (Ricoeur 119)– estuvieran presentes. Una analogía, la de la escritura de la historia como rito social de la sepultura, que sí admitiría la demanda de acabar con la hegemonía ideológica del progreso, y que sería consecuente con el colapso contemporáneo de la flecha progresiva del tiempo, como el pensamiento de Foucault y Benjamin sugerían.

La posición del lector no es ya la del sujeto privado, desocializado, del que habla el pseudobjetivismo de la literatura mundial cuando toma prestados los métodos de las ciencias sociales modernas y organiza su particular división científica del trabajo. De hecho, podría argumentarse que la amnesia cultural contemporánea –la incapacidad para crear nuevos recuerdos– de la que habla el filósofo Marc Fischer, cuando detecta gracias a la memoria las resonancias personales grabadas o marcadas en los significados comunes de los objetos culturales, se explica por una concepción del lector

legada por los estudios culturales y sintetizada en la célebre expresión de Raymond Williams acerca de la “estructura del sentimiento”: no hay experiencia cultural que no sea manifiestamente social.

Por supuesto, la amnesia cultural de las sociedades occidentales no es la manifestación de un mismo proceso global de pérdida del horizonte de la prosperidad, ni tan siquiera una de las manifestaciones de una misma fuerza socioeconómica de naturaleza capitalista, pero es una de las “series de series” o “cuadros” cuyas leyes habría que describir sin caer en la tentación de la simple yuxtaposición de historias plurales e independientes. Esta modalidad de la nostalgia, y los muchos otros ritos sociales de sepultura que el espacio global del presentismo del capitalismo contemporáneo ampara, ni invita a pensar en el sujeto privado del solipsismo ni remite a una nostalgia que anhele la restitución de pasado alguno.

Si el comparatismo aspira a la comprensión de la literatura mundial, no debe convertir los procesos de circulación literarios en meros reflejos –simples repercusiones formales– de procesos de orden global. Si se toman prestados métodos propios de las ciencias sociales y económicas es difícil evitarlo, puesto que se tiende a la constatación de intercambios textuales e interrelaciones culturales de alcance global –a su verificación–, según una concepción del espacio que recuerda demasiado a la cáscara vacía cartesiana: una dimensión abstracta que reanima la vieja versión cartográfica del mundo heredada del imperialismo económico y su noción del tiempo histórico, de acuerdo a las coordenadas temporales de Greenwich. Si se renuncia a la pregunta acerca del *sentido* del texto porque se considera que solo así devendrá una morfología histórica de virtud científica, también se renuncia a la experimentación formal que puedan llevar a cabo los lectores –una experimentación irreductible a la contextualización económica y social también inasumible por la práctica filológica-patrimonial–. Son renunciaciones impropias del comparatismo, que no debiera limitarse a reproducir la imaginación de un espacio liso del mercado mundial de los textos a través del cual se deslizan las obras literarias. La reproducción de los parámetros de la econometría conlleva la confirmación de la temporalidad única del capitalismo, que priva al espacio de todos sus relieves materiales geográficos de la diferencia y del trabajo al mismo tiempo que erradica todas las *otras* temporalidades. Es así como, según hemos visto que alertaban Harootunian y Spivak, tras las lecciones aprendidas de Benjamin y Foucault al revocar la flecha progresiva del tiempo, de nada ha servido que el comparatismo hoy haga suya la relevancia inédita del espacio global.

Bibliografía

- Apter, Emily. *Against World Literature. On the Politics of Untranslatability*. Londres, Verso, 2013.
- _____. "On Translation in a Global Market". *Public Culture*, vol. 13, no. 1, 2001, pp. 1-12.
- _____. "Untranslatables: A World System". *New Literary History*, vol. 39, no. 3, 2008, pp. 581-598.
- Balibar, Étienne. *Cosmopolitique. Des frontières à l'espèce humaine. Ecrits III*. Paris, La Découverte, 2022.
- Barthes, Roland, "El discurso de la historia". *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 163-177.
- _____. *El grado cero de la escritura*. Madrid, Siglo XXI, 1999.
- Beecroft, Alexander. "La negociación de la literatura mundial". *New Left Review*, no. 54, 2009, pp. 85-96.
- Bernheimer, Charles. "The Bernheimer Report, 1993". *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*, Charles Bernheim (ed.), Baltimore, John Hopkins University Press, 1995, pp. 39-48
- Casanova, Pascale. *La república mundial de las letras*. Barcelona, Anagrama, 1999.
- Damrosch, David. *What is World Literature?* Princeton: Princeton University Press, 2003.
- David, Jérôme. "Proposition pour une macrohistoire de la littérature mondiale". *Où est la littérature mondiale?*, Christophe Pradeau y Samoyaut, Tiphaine (eds.), París, Presses Universitaires de Vincennes, 2005, pp. 115-138.
- De Certeau, Michel. "El lugar del muerto y el lugar del lector". *La escritura de la historia*, Mexico, Universidad Iberoamericana, 2006, pp. 116-118.
- Fornari, Emanuela. *Líneas de frontera. Filosofía y postcolonialismo*. Barcelona, Gedisa, 2017.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1999.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. 1976. Barcelona, Península, 1999.
- Harootunian, Harry. "Some Thoughts on Comparability and the Space-Time Problem". *Boundary 2*, vol. 32, no. 2, 2005, pp. 23-52.
- _____. *Marx after Marx. History and Time in the Expansion of Capitalism*. New York, Columbia UP, 2015.

- Hartog, François. *Confrontations avec l'histoire*. Paris, Gallimard, 2021.
- Mezzadra, Sandro y Neilson, Brett. *La frontera como método*. Madrid, Traficantes de sueños, 2017.
- Moretti, Franco. "Conjeturas sobre literatura mundial". *New Left Review*, no. 3, 2000, pp. 65-76.
- _____. "Más conjeturas sobre literatura mundial". *New Left Review*, no. 20, 2003, pp. 83-92.
- _____. *La literatura vista desde lejos*. Barcelona, Marbot, 2007.
- _____. *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for a Literary History*. London, Verso, 2015.
- _____. "Los caminos que llevan a Roma: Estudios literarios, hermenèutica, cuantificación". *New Left Review*, no. 20, 2020, pp. 135-147.
- Moretti, Franco y Sobchuk, Oleg. "Oculto a pleno vista". *New Left Review*, no. 118, 2019, pp. 97-130.
- Prendergast, Christopher. "La negociación de la literatura mundial". *New Left Review*, no. 8, 2001, pp. 77-96.
- Rancière, Jacques. *Les Noms de l'Histoire. Essai de poétique du savoir*. Paris, Seuil, 1992.
- _____. *El hilo perdido*. Madrid, Casus Belli, 2015.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Trotta, 2010.
- Spivak, Gayatri Chakravorty, *Muerte de una disciplina*. Santiago de Chile, Palinodia, 2009.
- Wellek, René. "La crisis de la literatura comparada". *Literatura comparada: principios y métodos*, María José Vega y Neus Carbonell (eds.), Madrid, Gredos, 1999, pp. 79-88.